

AMOR Y ODIO DEL PRESENTE. (AFORISMOS Y REFLEXIONES)

RAMÓN DE LA VEGA

PREFACIO

Vengo a estas páginas a pensar todo lo que existe, pero tal propósito es a todas luces excesivo, así que creo que haría bien empezando por entrometerme tanto como pueda en el flujo de la vida y en todo lo que despierta mi interés. Me adentraré en la realidad con su permiso (si es que la realidad tiene una voluntad propia para otorgármelo) con el afán de hacer de lo actual algo intemporal, de modo que el lector de estas páginas se sienta, al terminarlas, un poco más consciente de que no sólo somos parte de una larga memoria histórica que incluye elementos tan dispares como la información genética que se ha ido acumulando en nuestra especie durante varios miles de años o hechos culturales tan valiosos como la creación artística griega y los hallazgos religiosos desde el chamanismo a la figura todavía hoy profundamente emblemática de Jesucristo, sino que nuestra experiencia inmediata de la sensibilidad entronca, además, con un fondo y con una ambición intemporal que comprende tiempos diferentes a los que nos debemos y de los que tomamos una parte fundamental de lo que somos. Recordemos que nuestro querer de ahora mismo no depende estrictamente hablando tan sólo de lo que ahora queremos y tiene raíces en el pasado y entronca invisiblemente con el futuro. En parte por eso, la palpitante actualidad, los sucesos asombrosos o desgarradores del día a día atraen toda nuestra atención, pero no obtienen nuestras mejores reflexiones. Sólo una cierta distancia, una cierta *inactualidad*, nos permite el contraste que más conviene al fomento de nuestra lucidez y a una perspectiva menos ingenua y apresurada. Hay que retirarse un poco de los hechos para saber de qué estamos hablando realmente o incluso para saber qué es lo que estamos viendo, y para ello a veces basta con el sencillo ejercicio de repasar lo que otros antes que nosotros dijeron sobre su propio presente: el mero hecho de leer obras de otras épocas

sobre asuntos que también a nosotros nos conciernen nos sacará de nuestra experiencia y supondrá ya una mirada más libre acerca de lo que estamos viviendo.

Los hechos de la actualidad, incluso si nos producen escalofríos, vienen cargados de la fascinación y el orgullo que nos despierta todo aquello de lo que somos testigos, una fascinación que seguramente tuvo alguna influencia en las razones por las que, en el relato fundador de la literatura occidental, Aquiles mostraba ante Ulises tanta añoranza hacia la experiencia de estar vivo diciendo que prefería ser un labriego sobre la tierra que un rey o un gran héroe (no recuerdo bien) entre las sombras del Hades y por lo que, por su parte, el propio Ulises escogió la mortalidad y la vejez volviendo a Ítaca con su mujer y su hijo frente a la eterna juventud que le prometía la bella Calipso si se quedaba con ella en aquella isla sin historia, sin pasado y con un futuro ya escrito para siempre; Ulises prefirió el brillo de lo actual a las sombras sosegadas del pasado, prefirió su mortalidad resumida en una frágil sucesión de estados presentes a un futuro cierto e idéntico sin otra perspectiva que ser testigo de sí mismo. Ahora bien, ¿acertó Ulises en su elección? ¿Acertamos nosotros cuando nos perdemos en el presente, prácticamente persuadidos de que en él ya está casi todo lo que nuestra mirada puede abarcar?

Creo que una de las razones de la fascinación que nos despierta lo actual está ligada a su carácter profundamente democrático y al hecho de que lo actual no excluye a nadie: irrumpe como los volcanes y maremotos y se impone a todos, incluidos aquellos que tratan de ignorarlo, algo que no sucede ciertamente en el caso del pasado y del futuro. Frente a la fuerza incontenible e indiscriminada de lo actual, el pasado es fundamentalmente minoritario e incluso excluyente mientras que el futuro constituye una clara prueba de elitismo. De ahí que, en tiempos remotos, aquellos con capacidad para leer el futuro fueran considerados seres bendecidos, poderosos y admirados, y hoy en día quien sueña y elabora pacientemente y con detalle su futuro y dialoga con él es un privilegiado, ya que, a pesar de las decepciones de la historia y los hundimientos personales, no ha sido consumido por las mediocridades del presente y tiene la fuerza de desear lo que llegará. No hay seres más afortunados que aquellos que han logrado la difícil reconciliación con su

pasado y sueñan al mismo tiempo ambiciosamente con su futuro sin dejar por ello de dialogar con su presente. El mero hecho de poder contemplar sin estupor, incluso con cierta satisfacción, todas las fases de nuestra condición temporal y por tanto no lamentar el pasado, ni lamentar lo que está siendo ni temer lo que vendrá, hace de aquel que lo siente un ser bendecido con la más compleja y deseada de las bendiciones: la felicidad.

Por lo que a mí se refiere, la decisión de escribir este libro tiene mucho que ver con la voluntad de desafiar esa tríada que constituye nuestra experiencia del tiempo y superar el impacto que tiene a diario sobre nosotros, buscando de manera espontánea el placer estético e intelectual que se deriva de la indeterminación temporal y del empeño por adentrarme en un tiempo sin tiempo o, si se prefiere, en un tiempo en el que sea posible encontrar todos los tiempos.

Estoy convencido de que no serían muchos los que se lamentarían de haber accedido al curso intemporal de un suceso y, con ello, de haber comprendido más directamente lo que fue y las resonancias que tendrá en el futuro, y de todos modos nunca sería mi caso, y la prueba es que cada vez que me he sentado a escribir ha sido con el deseo de alcanzar ese curso intemporal y de paso descansar (en este caso sí temporalmente) de los inconvenientes, las fatigas y las falsas intrigas del presente y hallarme en un tiempo menos confuso y comunicable a través del cual me fuera posible aclarar oscuros matices, acceder a interpretaciones más ambiciosas y recomponer los motivos últimos de las ansiedades (inútiles) del presente. Por todo ello, nada podría complacerme más que saber que estas páginas han conseguido reducir esa ansiedad también en el lector; sería para mí la confirmación de que la reflexión intuitiva es un camino útil y válido -tan válido hoy como en cualquier otra época-, para liberarnos de incertidumbres y avanzar hacia un cierto placer de la existencia.

Miscelánea

La esencia de nuestra naturaleza: condenados a vivir lo que probablemente no es cierto mientras sentimos nostalgia de la verdad no vivida.

La otra cara.— En realidad nuestra condena no es tanto por lo que conocemos como por lo que no llegamos a conocer o, si se prefiere, no tanto por lo que sentimos como por lo que no llegamos a sentir.

Un criterio para reconocer el arte.— Entre todos los criterios para juzgar si nos encontramos ante una auténtica obra de arte, hay uno que me parece irrefutable: es arte aquella obra que, una vez contemplada o leída, nos resulta más auténtica que la vida tal como la vivimos nosotros, es decir, más íntima que nuestros propios sentimientos.

Una pasión de mujer.— Una mujer no teme decir a un hombre: «Seré tuya si tú lo quieres. Te corresponde a ti tomar la decisión y comportarte de manera que yo me dé cuenta de que lo deseas». Seguramente él se sentirá satisfecho y halagado al oír esas palabras. Un hombre, sin embargo, no debería nunca hacer lo mismo. La mujer no ama (todo lo más, acepta) un alma que se entrega ciega y atolondradamente; en el amor —en lo que se refiere a su deseo de amar—, las mujeres son más insatisfechas que los hombres.

Antes de saltar.- Si quieres colmar tu propia naturaleza, cierra los ojos y salta sin miedo: dentro de ti aún queda espacio para seguir cayendo, es decir, para seguir viviendo.

Melancolía.- La melancolía es la medida de la distancia que existe entre lo que somos y lo que no estamos siendo, entre lo que vivimos y lo que deberíamos estar viviendo; es la punzada de lo que es en el instante mismo en que no está siendo.

Higiene de la identidad.- Ser siendo, como si no hubiera apenas espacio para alejarnos de lo que hacemos, como una imagen que se superpone limpiamente sobre otra: así es como hay que tratar de pensarse y hacerse a uno mismo.

Cuaderno de Notas de un terapeuta.- Humildad y escepticismo, o mejor: humildad y distancia respecto a las cosas propias y ajenas. Espectador del mundo, pero nunca de uno mismo. O mejor: espectador de lo que fue, nunca de lo que estoy siendo.

Distracciones.- No saber para qué pero sí contra quién, huir de lo propio para ahogarse en lo ajeno, y servirse del miedo al aburrimiento para desentenderse de la propia intimidad.

Metamorfosis.— Despertar no aquí, en este mundo ni en esta habitación, sino más cerca (o tal vez más lejos), en el inconsciente: ¿la más terrible de las pesadillas o un nuevo paraíso?

La flor de la revolución.— Por encima de sus diferencias, y más allá de los decorados y las máscaras que la historia va poniendo a las cosas y a los hombres, existe un punto de partida común a todos los procesos revolucionarios: la imagen que los hombres se forjan de sí mismos. Aquello descubierto en la intimidad de un modesto sótano o en las grandes salas de una biblioteca semiabandonada basta para convertirse en bandera, en futuro, incluso en tribuna desde la cual alentar al resto de la humanidad.

Para seguir viviendo.— Es más fácil luchar por lo que somos, que averiguar por qué lo hacemos, más fácil conquistar que conservar, más necesario sin embargo conocer que poseer.

La cultura como medicamento.— En nuestra época, probablemente porque el recelo hacia lo intelectual ha llegado hasta el punto de que sólo se lo acepta cuando se disfraza de medicamento (o quizás porque el medicamento posee un prestigio del que carece todo lo demás), son los médicos, los psicólogos y los llamados *coach* los que imparten las nociones más básicas de filosofía y literatura cuando los pacientes y clientes acuden a ellos para afrontar algún contratiempo emocional.